

Bibliofilia

Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido* (Un psicólogo en un campo de concentración), Barcelona, Herder, 2004.

Argumentar a favor de la libertad desde un gabinete de investigación puede parecer un gesto de soberbia intelectual, pero certificar, luego de padecer los avatares de los campos de concentración nazis, que la posibilidad de la vida humana más auténtica radica en reconocer que aun en las circunstancias más adversas cada quien escoge su modo de ser y existir a partir del descubrimiento con algo que da un sentido personal e inexcusable frente a la realidad, es la tesis central del texto de Viktor Frankl, en el que plasma su radical experiencia en el campo y lo que de ella es posible extraer para explicar la vida humana. El libro (dictado en voz alta en un arrebato catártico, luego de su liberación) es una de las piezas cruciales en la construcción de la denominada “tercera escuela vienesa de psicoterapia”: la logoterapia. La edición española se completa con una breve pero clara exposición de los principios teóricos de la misma.

Melomanía

Suele decirse que Franz Joseph Haydn es el “padre” de la *sinfonía*: una composición en cuatro partes para orquesta. A dichas partes se les denomina “movimientos” y el *tempo* de cada uno se designa desde antaño en italiano: *Allegro*, *Andante*, *Menuetto*, *Finale*, aunque con el paso del tiempo se han introducido variaciones a la forma tradicional: por ejemplo, Beethoven cambió el *Menuetto*, que es una danza pausada, por el *Scherzo*, que es más rítmico y dinámico. La duración de las sinfonías también cambió debido a circunstancias expresivas y por la evolución propia de los recursos sonoros tales como la armonía, la melodía, el timbre y la orquestación, lo cual condicionó, en cierta medida, el número de creaciones por parte de los compositores: Haydn compuso más de 100; Mozart, 41; Beethoven, 9; Schubert, 8; Brahms, 4; Bruckner, 9; Tchaikovsky, 6; Mahler, 9. Un dato final: la sinfonía 45 de Haydn dura aproximadamente media hora; la novena de Beethoven un poco más de una hora; la segunda de Mahler, más de hora y media.

Contacto: Publicación a cargo del Mtro. Fernando Aurelio López Hernández.
Escuela Nacional Preparatoria Plantel 9, Colegio de Filosofía. Dirigir comentarios al correo electrónico: catedraespecial@gmail.com.
Para consultar números anteriores ver: <http://notasfilosoficas.jimdo.com/>



Universidad Nacional Autónoma de México

Hoja nueva

Boletín informativo de la *Cátedra Especial Gabino Barreda*

“Lecturas y lecciones sobre temas de Ética”



Universidad Nacional Autónoma de México

Escuela Nacional Preparatoria Plantel 9 Pedro de Alba” Núm. 12 enero de 2011

Editorial

Oración cívica (5a)

Pero no puedo menos de recordar, en pocas palabras, la famosa condenación de Galileo hecha por la Iglesia católica que, fundada en un pasaje revelado, declaró herética e inadmisibles la doctrina del movimiento de la tierra. Aquí el texto era claro y terminante, el libro de donde se sacaba no podía ser más reverenciado; por otra parte, la doctrina que se les oponía no estaba realmente apoyada en ninguna prueba irrecusable, sino que era hasta entonces una simple hipótesis científica, con la cual la explicación de los fenómenos celestes adquiría una notable sencillez; Galileo no había hecho otra cosa que prohijarla y allanar algunas dificultades de mecánica, que se habían opuesto hasta entonces a su generalización; pero lo repito, ninguna prueba positiva podía darse hasta entonces de la realidad del doble movimiento que se atribuía a la tierra; la primera prueba matemática de este importante hecho no debía venir sino un siglo después, con el fenómeno de la aberración descubierta por Bradley. Y sin embargo, era ya tal el espíritu antiteológico que reinaba en tiempo de Galileo, que bastó que la hipótesis condenada explicase satisfactoriamente los hechos a que se refería y que no chocase, como en los principios se había creído, con las leyes de la física o de la mecánica, para que ella hubiese sido bien pronto universalmente admitida, a despecho del Concilio, del Texto y de la Inquisición. Más aún: el Texto mismo tuvo por fin que plegarse a sufrir una torsión, hasta ponerse él de acuerdo con la ciencia, o por lo menos, hacer cesar la evidente contradicción de que primero se había hecho justo mérito. Es inútil insistir aquí sobre la importancia de este espléndido triunfo del espíritu de demostración sobre el espíritu de autoridad; baste saber que desde entonces los papeles se trocaron, y el que antes imperaba sin contradicción y decidía sin réplica, marcha hoy detrás de su rival, recogiendo con una avidez que indica su pobreza, la menor coincidencia que aparece entre ambas doctrinas, sin esperar siquiera a que estén demostradas, para servirse de ella como un pedestal sobre el cual se complace en apoyar su bamboleante edificio. Pero lo que sí hace a mi propósito y debo, por lo mismo, hacer notar en este punto, es que tal era el estado de la emancipación científica en Europa cuando la corporación que se encargó aquí de la Instrucción pública por orden del gobierno de España, acometió la titánica empresa de parar el curso de este torrente que sus predecesores no habían podido contener, porque de este loco empeño debía resultar más tarde el cataclismo que, con más cordura, hubiera podido evitarse. No sólo en sus relaciones con la ciencia, propiamente dicha, fue como los conquistadores trajeron una doctrina en decadencia incapaz de fundar, de otro modo que no fuera por la fuerza y la opresión, un gobierno estable y respetado; también entre los que habían pertenecido al propio campo había estallado la división. El famoso cisma que bien pronto dividió la Europa en dos partes irreconciliables, y que haciendo cesar la unidad y la veneración hacia los superiores espirituales, echó por tierra la obra que, fundada por San Pablo, se había elaborado lentamente en la edad media; este cisma, cuya bandera fue la del derecho del libre examen, nació precisamente en el tiempo en que los conquistadores marchaban a apoderarse de su presa. Y si bien la España había, en apariencia, quedado libre del contagio, lo cierto es que el verdadero veneno se había inoculado de tiempo atrás en todos los cerebros y de hecho, todos los llamados católicos, eran ya, y cada día se hicieron más y más protestantes, porque todos, a su vez, apelaban a su razón particular, como árbitro supremo en las cuestiones más trascendentales y se erigían en jueces competentes, en las mismas materias que antes no se hubieran atrevido a tocar. Ahora bien, nada es más contrario al verdadero espíritu católico, que esa supremacía de la razón sobre la autoridad, y nada por lo mismo puede indicar mejor su decadencia, que esa lucha en que se le obligaba a entrar, en la cual tenía que sostener con la razón o con la fuerza, lo que sólo hubiera debido apoyar con la fe. Los famosos tratados de los regalistas en que España abunda, no eran de hecho otra cosa que una enérgica y continua protesta contra la autoridad del Papa. Y el modo brutal con que Carlos V, a pesar de su fanatismo, trató en su propio solio al Pontífice Romano, que había querido oponerse a su voluntad, prueba lo que en aquella época había decaído una autoridad que antes disponía a su arbitrio de las coronas.

Gabino Barreda

Numeraria

En su séptima edición, el Barómetro Global de Corrupción ofrece una oportunidad única para analizar cómo ha cambiado la percepción de la gente de la corrupción y sus experiencias con el pago de sobornos:

- En todo el mundo, se percibe que los niveles de corrupción han aumentado en los últimos tres años.
- Los partidos políticos son señalados como la institución más corrupta en todas partes del mundo
- Las experiencias de hechos de soborno administrativo son generalizadas, y no han registrado variaciones si se las compara con el año 2006.
- Las medidas del gobierno para combatir la corrupción suelen verse como poco eficaces.
- Existe un bajo nivel de confianza en las entidades formales para combatir la corrupción.
- Existe una creencia generalizada de que el público puede jugar un papel en reducir la corrupción, y la disposición a denunciar actos corruptos.
 - Siete de cada diez encuestados piensa que las personas de a pie pueden marcar una diferencia en la lucha contra la corrupción, y la mitad de los encuestados se imaginan la posibilidad de involucrarse personalmente.

Fuente: Barómetro Global de Corrupción elaborado por Transparencia Internacional.

Frónesis

“De modo que hay cosas que giran alrededor del Sol y no son planetas —se dijo Harry—. Todos los planetas giran alrededor del Sol, pero no todo lo que gira alrededor del Sol es un planeta. Entonces Harry tuvo una idea: Las oraciones no se pueden invertir. Si la parte final de una oración se pone al principio, dejará de ser verdadera. Por ejemplo, la oración “todas las encinas son árboles”, si se invierte, se convierte en “todos los árboles son encinas”. Pero eso es falso. Así, es verdad que todos los planetas giran alrededor del Sol. Pero si invertimos la oración y decimos “todas las cosas giran alrededor del Sol son planetas”, entonces ya no es verdadera ¡es falsa! Su idea le fascinó tanto que se puso a probarla con más ejemplos. Primero pensó en la oración “todos los aviones de plástico son juguetes”. Creo que es verdad —pensó—. Ahora démosle la vuelta: “Todos los juguetes son aviones de plástico”. ¡Invertida, la oración resultaba falsa! ¡Harry estaba encantado! Probó con otra oración: “Todos los pepinos son hortalizas”. Pero lo inverso no tenía sentido en absoluto. ¿Todas las hortalizas son pepinos?

—¡Lisa, acabo de tener una idea divertida! —anunció Harry en voz bastante alta. Lisa le sonrió y se quedó a la espera, mirándole.

—Cuando inviertes una oración, deja de ser verdadera —dijo Harry. Lisa arrugó el ceño.

—¿Y eso qué tiene de maravilloso? —preguntó.

—Vale —dijo Harry—, dime una oración cualquiera y lo verás.

Al fin, Lisa se decidió:

—Ningún águila es un león.

En un instante tenía invertida la oración: “Ningún león es un águila.” Se quedó pasmado. La primera oración, “ningún águila es un león”, era verdadera. Pero también lo era una vez invertida, porque “ningún león es un águila”, ¡también era verdadera! Harry no entendía por qué no había funcionado.” (Mathew Lipman, *El descubrimiento de Harry*)

*Lipman es el fundador del programa Filosofía para niños. Sirva el presente fragmento como homenaje. Falleció el pasado mes de diciembre.

Logos

San Agustín y la ética

San Agustín (354-430) es el pensador más importante de la Patrística. Se le llama así al periodo filosófico en el que surgieron y se consolidaron las ideas de los “Padres de la Iglesia”, esto es, los primeros filósofos cristianos. Una vez oficializado el cristianismo al interior del Imperio Romano, hubo necesidad de explicar o de dar razón de la fe sustentada por los creyentes. De este modo, la racionalidad griega y la fe cristiana se fusionaron, dando origen a nuevos problemas filosóficos y a un tratamiento distinto de los anteriores. Según su propio testimonio, plasmado en la autobiografía filosófica llamada *Confesiones*, san Agustín vivió de manera disipada y disoluta durante su juventud. Su madre, Mónica, era cristiana, y su padre, pagano, signo que en buena medida marcó su vida adulta. Ejerció como maestro de retórica y se adhirió a diversas escuelas filosóficas y religiosas, entre ellas el maniqueísmo (doctrina de origen persa fundada por Manes (216?-276), según la cual existen dos principios divinos opuestos y absolutos, uno que es luz y que simboliza al bien y otro que es tinieblas y que representa al mal). San Agustín tuvo un hijo, Adeodato (que murió siendo aún muy joven), y a la edad de 33 años se convirtió al cristianismo. Posteriormente fue ordenado sacerdote y, contra su voluntad, fue nombrado obispo de Hipona. Murió justo cuando Roma era invadida por los bárbaros. Es importante destacar que su pensamiento tiene una notable influencia de dos filósofos: Platón y Plotino (215-270). Las primeras obras de san Agustín son textos al estilo de los Diálogos de Platón. Destacan los *Soliloquios*, cuyos personajes son san Agustín y la razón, y *El maestro*, en el que intervienen san Agustín y su hijo y en el que discuten sobre el lenguaje y el papel que desempeña el maestro en la adquisición de la verdad; pero sus principales obras, además de las *Confesiones* son: *La Ciudad de Dios*, primera reflexión sistemática de filosofía de la historia y justificación política del cristianismo, y el *Tratado sobre la Trinidad*, de carácter eminentemente teológico. Uno de los asuntos que más le preocuparon a san Agustín fue el “problema del mal”, es decir, determinar en qué consiste y explicar su existencia. La interpretación maniquea afirmaba que el mal es producto del principio divino malo, lo cual era incompatible en el marco del monoteísmo y providencialismo cristiano. En su texto *Contra maniqueos*, **san Agustín** argumenta de la siguiente forma: hablar de Dios es hablar del Ser por excelencia, el cual es, además, por definición, el Bien por excelencia. De este modo, los conceptos Ser y Bien se identifican. Si esto es así, los conceptos Mal y No Ser también se identifican. Pero el No Ser, no es; es decir, no existe; luego el Mal no existe. El mal es para **san Agustín** ausencia o carencia de bien. Lo bueno y lo malo dependen de la libertad del hombre, y en tanto éste se acerca a Dios (el Ser) hará el bien, y en tanto se aleje de él hará el mal. Otro tema capital en la ética agustiniana es el énfasis en la “vida interior”, pues según su doctrina, en tanto que Dios habita en el interior del hombre y Dios es la verdad y el bien, entonces la verdad y el bien hay que des-cubrirlos en el interior de la conciencia.

Y, amonestado de aquí a volver sobre mí mismo, entré en mi interior guiado por ti; y púdelo hacer porque tú te hiciste mi ayuda. Entré y ví con el ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inmutable, no ésta vulgar y visible a toda carne ni otra cuasi del mismo género, aunque más grande, como si ésta brillase más y más claramente y lo llenase todo con su grandeza. No era esto aquella luz, sino cosa distinta, muy distinta de todas éstas. No estaba sobre mi mente como está el aceite sobre el agua o el cielo sobre la tierra, sino estaba sobre mí, por haberme hecho, y yo debajo, por ser hechura suya. Quien conoce la verdad, conoce esta luz, y quien la conoce, conoce la eternidad. La Caridad es quien la conoce [...] y dije ¿por ventura no es nada la verdad, porque no se halla difundida por los espacios materiales finitos e infinitos? Y tú me gritaste de lejos: Al contrario. Yo soy el que soy, y lo oí como se oye interiormente en el corazón, sin quedarme lugar a duda, antes más fácilmente dudaría que vivo, que no de que existe la verdad, que se percibe por la inteligencia de las cosas creadas. (*Confesiones*, Libro VII, capítulo X)